

Morral y Ferrer vistos por Alban Rosell



(Sobre la participación de Ferrer i Guàrdia en los regicidios frustrados de 1905 y 1906)

Por Pére Solá

Alban Rosell se interesó muy pronto por la Escuela Moderna. Su director, Ferrer, le inspiró sentimientos ambivalentes. En la foto le vemos, octogenario, en su residencia de Montevideo.

EN el curso de una conferencia en un centro cultural de Montevideo, un catalán exilado, pedagogo de vocación, escandalizó a su auditorio. Corría el año 1927. Dicho conferenciante, de nombre Albano Rosell (aunque sus artículos y libros aparecen con frecuencia bajo seudónimos varios), se atrevió, ante un público

compuesto mayoritariamente por libertarios y simpatizantes de los ideales educativos del célebre Ferrer i Guàrdia, a discutir y poner en tela de juicio la validez teórica y sobre todo práctica del plan de enseñanza racionalista del fundador de la Escuela Moderna de Barcelona. ¡Singular herejía!

1. Quién era Rosell

Rosell se proponía en cierto modo destruir el «mito» Ferrer. Sus razones eran fuertes: amigo íntimo de infancia y juventud de Mateo Morral, y a través de éste, amigo y colaborador del director de la Escuela Moderna, Rosell se remitía a su propia experiencia y recuerdos. Todo ello queda reflejado en sus folletos y libros publicados, y en sus escritos inéditos, de gran valor testimonial. Debo el acceso a éstos al filólogo Avenir Rosell, hijo del anterior y residente en Montevideo (1).

Pero antes de proseguir vendría saber de Alban o Albano Rosell. Era éste el hijo octavo de una familia obrera de Sabadell, nacido en 1881. En una escuela privada de esta ciudad tuvo, entre sus compañeros de aula «**más afines y simpáticos**», a los hermanos Morral, Mateo y Fa-

(1) Albano Rosell Longueras murió en Montevideo en 1964. Debo parte de mi información sobre él a Vladimiro Muñoz, escritor español residente en Montevideo.

cundo. Por aquel entonces, la ciudad vallesana figuraba a la vanguardia de las reivindicaciones obreras catalanas: «Fue en 1888, es decir, al contar yo siete años, que se inició la propaganda por las ocho horas». Al año siguiente ya fue con su padre a la concentración obrera en el curso de la cual un militante explicó «**el significado de la huelga, el atropello de Chicago y la justicia del horario que se vindicaba. De los que actuaron en esta época, recuerdo los nombres de Fruitós, Mainé, «minas», José Miquel, Serra, la Claramunt, todos jóvenes que luego fueron a dar en Montjuich...**» (2).

En este ambiente callejero, se formó Rosell, pero también en un hogar muy pobre marcado por las figuras de un padre hildador de oficio y antiguo afi-

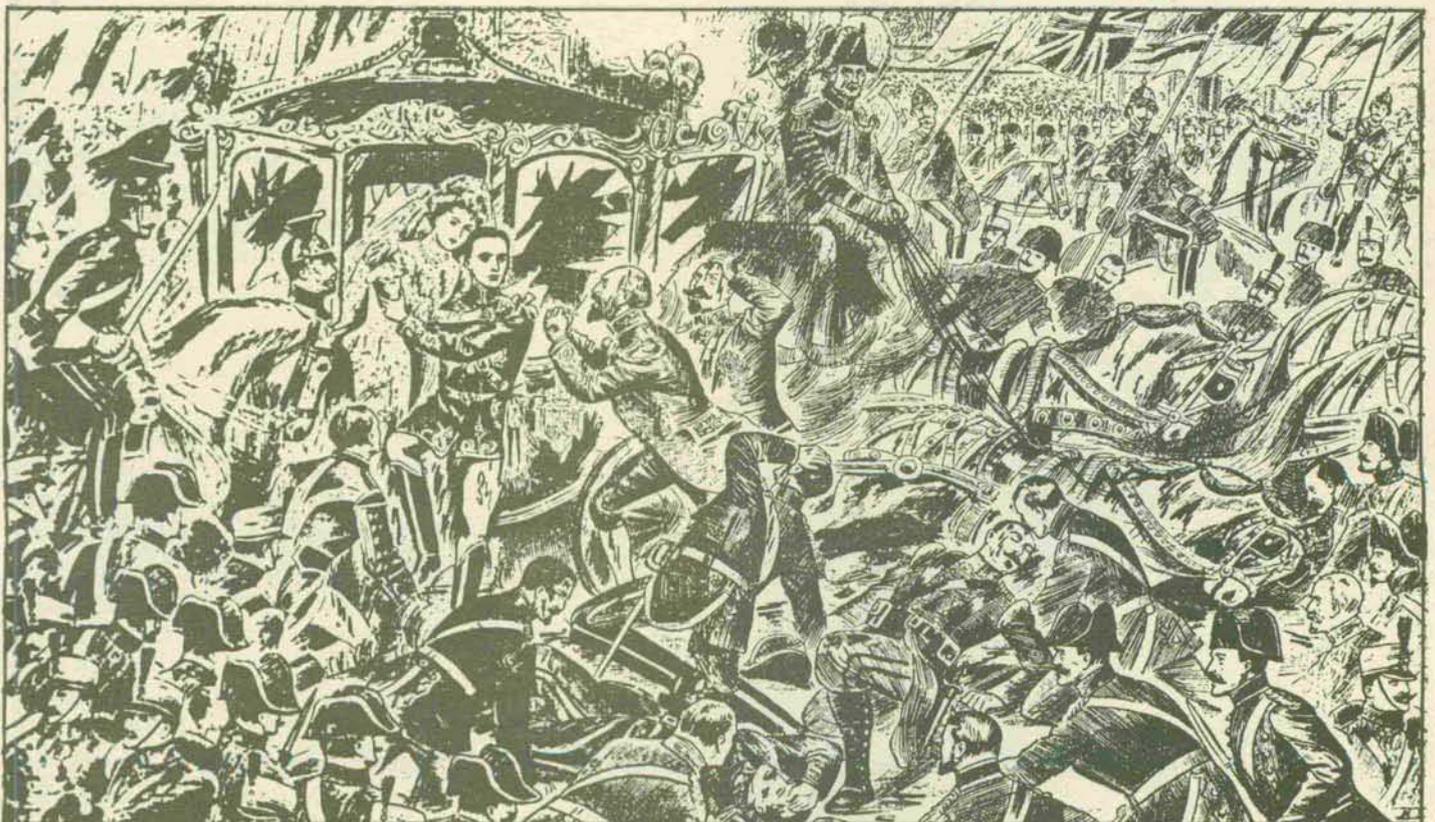
(2) Rosell se refiere, claro está, a los célebres procesos de Montjuïc, celebrados de 1896 a 1897 contra más de un centenar de anarquistas catalanes en el castillo de dicho nombre y que arrojaron cinco condenas a muerte y decenas de condenas a prisión. Cf. **Recuerdos de Educador** (obra inédita), pp. 35-37.

liado a la Internacional, y una madre «**analfabeta casi, hija de carlistones (y) de una bondad sufriente y callada; pariendo a capricho del macho; soportando todo el peso del hogar**» (3).

Pronto le tocó al biografiado, niño aún, conocer «**esta otra escuela bien cruel**» que es la fábrica en una coyuntura muy dura para toda la familia (murió la madre y el padre se quedó sin trabajo). Pronto empezó el niño-adolescente a enfrentarse a su padre, por cuestiones de opinión, y a los capataces en la fábrica, y a participar en luchas sociales y en preocupaciones culturales obreras. Es valiosa, en este sentido, la descripción que nos hace Rosell del Sabadell finisecular, de una ciudad industrial y obrera muy marcada por el republicanismo federal y, en menor medida, por el bakuninismo.

Luego reanudó sus relaciones con Mateo Morral de regreso de Alemania y participó con él

(3) *Ibd.*, p. 8.



El atentado contra Alfonso XIII en Madrid (31 de mayo de 1906), dibujo del «Police News» de Londres.

en actividades militantes y culturales de vanguardia: «En 1899, un camarada por mí desconocido, del grupo Alba Social de Barcelona, presentóse en casa, ofreciéndome el original de un manifiesto conmemorativo del hecho de Angiolillo, para que buscara imprenta a fin de publicarlo clandestinamente, ya que legal era imposible dada la situación que atravesábase en Barcelona en el terreno de la actividad acrítica y la persecución de sus hombres. Fuimos con Mateo (Morral) quienes nos encargamos de todo. Salió el manifiesto con pie de imprenta de París, pero fue hecho en Sabadell, repartido profusamente por Barcelona, lo que desorientó a la policía de manera chusca, que se desvió para saber el origen, encarcelando a significados elementos, pero sin sacar nada en claro» (4).

(4) *Ibid.*, p. 99. *Vidas Truncas* (manuscrito original), p. 51. Fechado en 1940 (Montevideo).

Para el joven Rosell, harto de perder tiempo y fuerzas en su rutinario trabajo de tejedor, y ávido de nuevos horizontes la Escuela Moderna fue un descubrimiento:

«En seguida me adherí a esta obra y me puse en contacto con ella, en lo que, como siempre, estuvimos de acuerdo con Morral y Simó, una hermana del cual, Estrella, fue alumna algún tiempo de esa escuela» (5).

En cuanto pudo, dejó su trabajo para dedicarse a la pedagogía, de la que se formó un idealizado concepto. La realidad le defraudaría más tarde. Como le defraudó Ferrer i Guàrdia, cuyas directrices le parecían desenfocadas cuando no oportunistas, y sus realizaciones mediocres. Más tarde los hechos de la Semana Trágica le indujeron a seguir el camino de un hermano su-

(5) *Vidas Truncas*, p. 93, *Recuerdos...*, p. 95.

yo: la emigración a Sudamérica. Allí ejerció de maestro, publicó, y propagó las excelencias de una educación emancipadora e integral. Pero aún tuvo arrestos por volver antes de la Dictadura primumerista y ejercer como maestro racionalista en centros libres y sindicales de Menorca, País Valenciano y Cataluña. Mas, no viendo posibilidad de trabajar correctamente, regresó definitivamente a Montevideo.

2. Mateu et Morral, amigo entrañable de Rosell

En su libro *Vidas Truncas* (6) trata de Mateo Morral y Francisco Ferrer, y advierte al lector contra cualquier sorpresa por el hecho de presentar en un mismo volumen al regicida (potencial) y a quien fue víctima del rey:

«Pero cuantos lean verán la conexión de ambas vidas (...) a tal punto, de ser el fusilamiento de Ferrer una consecuencia del hecho de Morral, que si no pudo realizarse en 1906, como anhelaba el jesuitismo, fue por temor a lo que podía resultar de la presión mundial surgida a raíz de la persecución del Director de la Escuela Moderna de Barcelona».

Morral aparece en este libro como el amigo de Albano, quien, conocedor de su familia, va siguiendo todos los pasos de Mateo, desde el compañero de aula de «*rasgos tristonnes*», sorprendido alguna vez pidiendo merienda a otros, a pesar de pertenecer a una «rica dinastía industrial»..., hasta su regreso de Alemania. Era entonces —1902— la época de la agrupación teatral *Avenir*, de Barcelona, especia-

(6) *Página 5*.



Después del dramático fin de su amigo Mateo Morral (en la foto, ya muerto), Rosell siguió magnificándole en el recuerdo.



Los métodos pedagógicos de Ferrer desilusionaron a jóvenes seguidores como Rosel o Pau Vila. En la foto, este último (el tercero por la izquierda) en la inauguración de una escuela «horaciana».

lizada en teatro vanguardista. Ambos vivieron muchas escaramuzas teatrales provocados por la ingenua intemperancia de Morral que fácilmente alborotaba en los locales.

Influenciado por ideas de rebeldía y de justicia social y «con bastante dejo de modalidades teutonas, llegó (Morral) de nuevo a su casa apenas iniciado el año 1898. Forzosamente tenía que chocar con el ambiente de hogar», entre un padre escéptico y hermanas «religiosas y presumidas». Poco a poco fue encargándose de la dirección de la fábrica de su padre. Logró que éste accediera a un aumento de sueldo de la plantilla. Pero así como su gestión en la fábrica era más o menos exitosa, en su casa la postura avanzada que defendía le acarreo la hostilidad de muchos familiares. A finales de 1905 decidió marcharse de su casa y cambiar de ocupación, no pudiendo ni queriendo adaptarse a las normas de conducta de su familia.

Entonces Mateo se radicó en Barcelona, «al lado del titular de la administración de la Escuela Moderna, D. Mariano Batllori, marido de la hermana de Leopoldina Bonnard, madre del hijo de Ferrer, Riego. Es posible que el padre de Mateo no hiciera

todo lo debido para detenerle, condecorador de un hecho que no le debió agradar mucho, acaecido en París a Alfonso XIII, hacía unos meses, y cuyo autor no fue habido...» (7).

Aquí Rosell lanza la posibilidad de un entendimiento entre republicanos (lerrouxistas), sindicalistas y anarquistas de cara a la utilización revolucionaria de un acontecimiento «sonado» y del consiguiente cambio de régimen. Si este entendimiento existió o no, es algo que la investigación histórica no ha aclarado; personalmente creo que no hubo una entente formal, ni siquiera un esbozo de ella. Pero lo cierto es que Mateo Morral, que por entonces andaba liado con una nihilista rusa, empezó a formarse la idea de atentar contra la vida del rey. Siempre según el pedagogo sabadellense, Ferrer y Morral (?) creyeron que la transformación social, por la acción conjunta de las fuerzas republicanas y sindicalistas, era en la coyuntura de 1905-1906 posible. Unicamente faltaba la chispa. El regicidio. «El golpe se intentó en París (...) en 1905. No dio resultado, pero el actor pudo escurrirse de la persecución judicial. Bien podía intentarse nuevamente en 1906, en la capital de

(7) *Ibid.*, p. 66.

España, con motivo del enlace real».

«A fines de mayo de 1906, Mateo Morral se despidió de algunos amigos íntimos, para trasladarse a Madrid (...). Fue el último domingo en la Escuela Moderna de Barcelona, que le vimos y despedimos. Bien sabíamos que no iba a hacer acto de presencia en los festejos ni a echar flores como el pueblo cabieca y estúpido que suele dar importancia a tales cosas». Los allegados a Morral no se sorprendieron de lo que ocurrió. Tras el sangriento fracaso del acto (el rey, ileso, pero muchos soldados muertos), Morral se suicidó. La nihilista, según la misma fuente, logró escabullirse. Rosell niega de plano la especie (propagada por la misma Soledad Villafranca) de que Morral decidiera realizar el atentado por motivos sentimentales de baja estopa. Concretamente por no poder soportar los desengaños amorosos y desdenes de aquella (8).

(8) Cf. Apéndice Obligado al libro *Vidas Truncas. Comentarios al libro Le véritable Francisco Ferrer, de Sol Ferrer* (Montevideo, 1949), p. 19: «Todo el cuento de la Soledad sobre el enamoramiento fulminante de Morral es falso; puede responder a la preparación de una «coartada», más no es cierto tanto más cuanto que Morral no tenía el complejo sexual (sic), y en aquellos momentos, menos todavía, pues estaba en compañía de una nihilista rusa que

En fin, de haber tenido otro sistema nervioso, mejor dominio de sí mismo, acaba Rosell, Morral hubiera podido preparar su salvación. «No lo hizo, y, a los tres días de viacrucis por la meseta castellana, tuvo que eliminarse. Al hacersele la autopsia, los médicos constataron la meticulosidad higiénica de Morral. En efecto, Morral era tan puro de alma como de cuerpo» (9).

3. Un juicio valioso sobre la personalidad y la obra de Ferrer i Guàrdia

Ya nos referíamos al principio este artículo a la voluntad desmitificadora de Rosell con relación a Francesc Ferrer i Guàrdia. La obra pedagógica de éste suscita en el entonces joven obrero sabadellense, lleno de inquietudes culturales y de afán de auto-perfeccionamiento, grandes entusiasmos pronto extinguidos al ver las contradicciones personales e ideológicas de Ferrer.

«A Ferrer hay que reconocerle condiciones estimables como hombre de acción y de realización en asuntos conspirativos, políticos, financieros y anticlericales. Como político,

podía sobradamente satisfacer las necesidades fisiológicas del caso. Es falso, también, que odiara a Ferrer. Estaba ennegado por él, como lo demostró el atentado de París, en mayo de 1905, contra el «Cametas» (Alfonso XIII), cosa que Malato sabía bien, como lo sabíamos algunos más, y más que nadie, Ferrer. ¿Cómo a raíz de este hecho, la tal Villafranca no figura como a odalisca o vampiresa?».

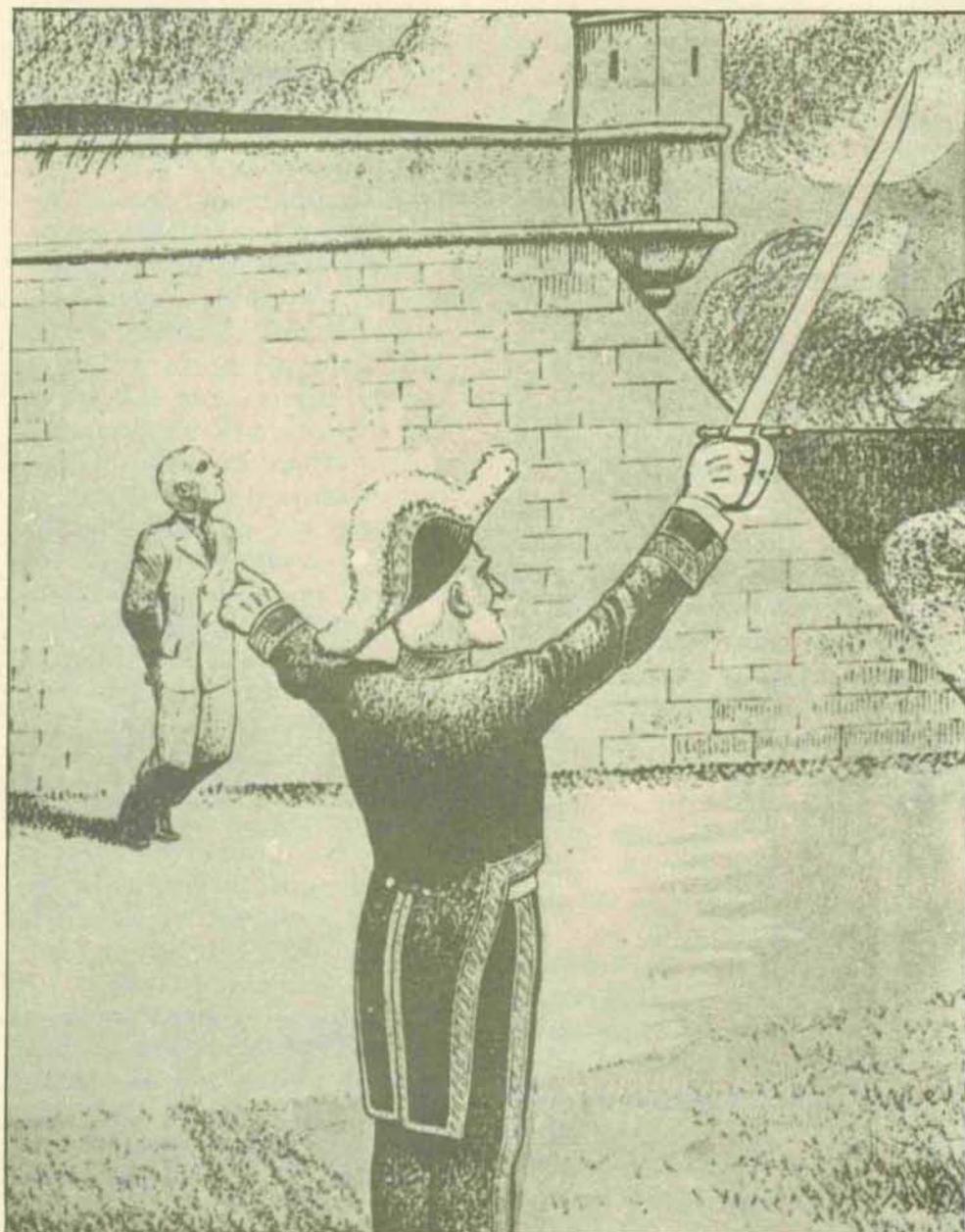
(9) *Vidas Truncas*, p. 68.

fue un sectario ateo, librepensador, republicano. En su anecdótico se perfila su modalidad firme, posiblemente necesaria en aquella época, ya que donde quiera que se hallara, no desperdiciaba ocasión de abochornar al cura por sus faldas y su misión perniciosa de hoganza y mentira; al militar, por su oficio sanguinario y el uso de hierros trágicos que mejor utilidad podrían dar como herramientas de trabajo. En uno de estos trances (provocados por una discusión con un militar) me encontré viajando con él en los tranvías de Barcelona» (10).

(10) *Ibd.*, p. 116.

En otra ocasión, refiere Rosell, Ferrer le escupió a la cara en Port-Bou, de donde fue jefe de policía después de su actuación «asesina» en el castillo de Montjuïc, al teniente Portas.

Este innegable valor y sus firmes convicciones librepensadoras coexistían en Ferrer con un revolucionarismo exacerbado desprovisto, en opinión de Rosell, de «un fondo filosófico y sociológico, constructivo y orgánico normales»; y ello a pesar del sincero propósito ferreriano de contribuir al desenvolvimiento de nuevas ideas mediante sus iniciativas editoriales y su dinero. El pecado original de Fe-



El fusilamiento de Ferrer i Guàrdia pretendió ser un escarmiento supremo contra aquellas fuerzas que combatían, en el campo de la política o de los valores cotidianos, contra la oligarquía alfonsina. (Grabado contemporáneo de los hechos, publicado en «L'ESQUELLA DE LA TORRATXA»).

rrer, aparte del talante mujeriego que le llevó a aceptar que una mujer —Soledad Villafranca— lograra enfriarle sus ideales, consistió, según Alban Rosell, crítico en verdad puritano, en sus permanentes contactos con elementos «políticos»:

«Entre sus colaboradores, si es cierto que no despreciaba el concurso de libertarios de renombre, tampoco se desligó jamás de los republicanos, librepensadores o neutros, entre los que podemos señalar a Portet, Litrán, Martínez Vargas, De Buén, Palasí, Ardid, Colominas, Iglesias, Lerroux, etcétera, que figuran en lugar

preferente, e incluso, en sus últimos días, pendiente la amenaza de los mausers sobre su testa, se quejaba —en carta a Malato— de la infidelidad de ciertos lerrouxistas cuyas declaraciones falsas le comprometieron, lo que significaba que había estimado sinceros y rectos a estos revolucionarios de pacotilla, más afectos a la monarquía tolerante que a la república-verdad, como fueron siempre los partidarios del caudillo Lerroux, prueba evidente de su escasa visión psicológica de hombres y cosas» (11).

En este último extremo com-

(11) *Ibid.*, p. 121.

partía la opinión de Rosell Federico Urales, quien refiere en *Mi Vida* sus gestiones para encontrar defensor al director de la Escuela Moderna, detenido después del atentado de la calle Mayor como presunto cómplice de Morral.

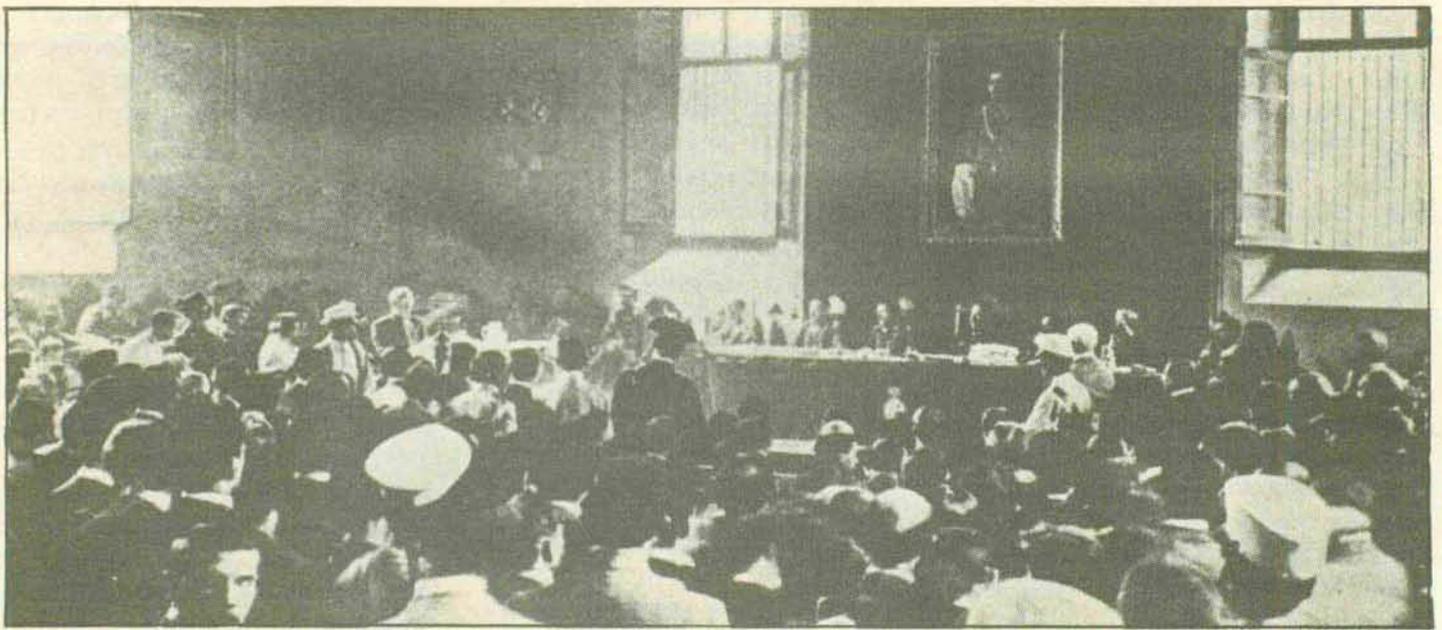
4. Ferrer y el atentado de mayo de 1906

Pregunta inevitable en la mayoría de autores que han escrito sobre el tema: ¿Fue realmente cómplice, o si se prefiere inductor-cómplice de Morral? La justicia ordinaria le declaró inocente en 1907. El mismo y sus amigos así lo afirmaron en todo momento. La opinión progresiva internacional, en general, también lo creyó.

No así conservadores e integristas y aun algunos conspicuos republicanos de España. Por supuesto, estos sectores conservadores católico monárquicos obtuvieron su compensación con efectos retroactivos en octubre de 1909, con el fallo del Consejo de Guerra que condenaba a muerte a Ferrer. ¿Pero qué podemos decir acerca de tal complicidad hoy en día? Avancemos que, en general, los autores se han repartido en tres campos: los que sostienen la «culpabilidad» (para, emplear la terminología de los que le condenaron) o implicación directa del director de la Escuela Moderna en la acción de su amigo. Los que no se pronuncian sobre ello. Los que tienden a creer en las motivaciones esencialmente pacifistas de Ferrer, cuando menos en la recta final de su vida.

Curiosamente los autores, testimonios e historiadores que defienden la implicación **directa** del pedagogo catalán en el atentado de Morral proceden de campos situados tan a





Muchos autores coinciden actualmente en juzgar que el Consejo de Guerra que condenó a Ferrer en 1909 indirectamente apuntaba a eliminar física y ejemplarmente al regicida impune de 1906. Se trató de un castigo que pretendía inconspicuamente tener efectos retroactivos. (Un aspecto del proceso de Ferrer celebrado en la prisión celular de Barcelona el 9 de octubre de 1909).

las antípodas como pueden ser el conservadurismo autoritario y el anarquismo llamado puro.

Posiblemente quienes no se pronuncian sobre el caso —o mejor dicho, no se pronunciaron— lo hayan hecho por restricción mental debida a presiones de grupo, consignas de partido, etc. En el caso de algunos republicanos ilustres, la suspensión de juicio era compatible con la emisión (en privado) de conjeturas tendientes a culpabilizar a Ferrer. En fin, entre quienes realzan acaso excesivamente, pero no sin bastante fundamento el carácter pacifista de los últimos años de Ferrer destacan algunos autores adscritos al Librepensamiento y Masonería, y en particular la hija de Ferrer, Sol, vituperada por ello por Albano Rosell.

Este considera que la biógrafa Sol Ferrer magnifica demesuradamente a su padre. Sol, la menor de las hijas de la primera mujer de Ferrer, pasa por alto sistemáticamente las contradicciones personales e ideológicas del pedagogo y editor racionalista. «Se refiere Sol a la fama de su padre, fama copiosa desde que dis-

puso de medios económicos. Muy bien, pero tengamos en cuenta que nunca se definió o decantó a uno u otro sector ideológico. (...) Ferrer se había definido en dos puntos: el anticlericalismo y el revolucionarismo sistemáticos. Pero entre estos dos puntos, hay una serie, un montón de criterios y conductas que no son a negligir, y entonces, él, llevado por su manera de pensar aceptaba la contribución de todos, desde los más modestos (sic) hasta los más extremistas, cosa que si era aceptada, no gustaba ni a unos ni a otros...» (12).

Fragmentos como éste expresan la imagen que de Ferrer se formó un militante ácrata de origen obrero. Imagen desde luego ambivalente en la que se mezcla la fascinación por un hombre que encarna nuevas vías de acción y propaganda, y la repulsa por un símbolo del capitalista «self-made man», autosuficiente y de ética poco clara:

«Imaginemos lo que entonces significaba un hombre de acción que se moviliza tan fácilmente y que incluso, si me-

(12) Comentarís al llibre *Le véritable...», pp. 19-20 (Montevideo, 1949).*

nester fuere, ayudaba económicamente a resolver ciertos problemas de propaganda, y todos sabemos que «l'argent fait tout». Que era capaz donde fuera que se encontrase de obsequiar a los amigos, «si no amb diners amb dinades»...» (13).

5. No hay pruebas concluyentes

El juicio de Alban Rosell, más allá de su evidente valor testimonial y documental, aparece a veces excesivamente cargado de pasión antiferreiriana para ser plenamente «objetivo»: quien es capaz incluso de revelar «secretos» íntimos de la vida sentimental del fundador de la Escuela Moderna (por ejemplo, cómo la pareja Ferrer-Soledad barre de la escena a Leopoldine Bonnard, segunda compañera de Ferrer, o cómo se produce la «indisposición» de Soledad y su temporada de descanso en el campo —en realidad, según los amigos, pretexto para un aborto de Soledad Villafraña (14)—, no consigue ofrecer, a pesar de su intimi-

(13) *Ibid.*, p. 20.

(14) *Ibid.*, p. 32.

dad con Morral, ningún detalle concreto sobre la participación de Ferrer en los atentados reales de 1905 (París, calle de Rohan) y 1906 (Madrid, calle Mayor), participación, o por lo menos, connivencia no puesta en duda en ningún momento por Rosell.

Digamos a este respecto que si la participación de Mateo Morral en el atentado sufrido el 31 de mayo de 1905 por la comitiva del rey Alfonso XIII y el presidente de la República francesa Loubet en la calle de Rohan (ahora rúa de Rivoli) de París, parece muy probable a juzgar por la documentación que poseemos, la implicación de Ferrer i Guàrdia en este caso y, sobre todo, en el atentado real ocurrido exactamente un año después, es harto discutible y, desde luego, no probada. Los chivatazos policíacos, las conjeturas de novelistas, las denuncias de gentes de orden y ni siquiera las certezas de un libertario íntegro como Alban Rosell, nada de ello, digo, autoriza en la fase actual de nuestros conocimientos a sacar conclusiones definitivas. Nada autoriza a creer en la entente Estévez-Lerroux-Ferrer en el asunto Morral. Es bantante descabellado pensar que un viejo político con un pasado político comprometedor—Estévez, exilado en París, había sido ministro de la Primera República; sus planteamientos radicales no eran un secreto para nadie—pudiera «transportar» a Barcelona la bomba que utilizó Morral, abusando temerariamente de la confianza de las autoridades que dieron el «pase» a este exilado histórico. Como es absurdo imaginar que Lerroux se dispusiera a sacar partido de la carta Morral (15).

(15) J. Romero Maura, *Terrorism in Barcelona, 1904-1909*, «Past and Pre-

A lo sumo podría pensarse en algún tipo de «ayuda» de Ferrer en el atentado de la calle de Rohan. Un par de telegramas y un cheque a Carlos Malato, a través de Caussanel, no constituyen prueba suficiente para pronunciarse sobre si esta «ayuda» a los activistas existió y mucho menos para emitir juicios del tipo: «**he (Ferrer) was the master-mind behind the 1905 and 1906 attempts on the life of Alfonso XIII**» (16). Por estos años, el director de la Escuela Moderna estaba muy lejos de sus inquietudes insurreccionales y, sobre todo, de su práctica putschista de 10 ó 15 años antes. Su conversión a la pedagogía era sincera. Ahora bien, ello no quiere decir que se volviera una especie de pacifista tolstoiiano. Ferrer está convencido del carácter inevitable de cierto tipo de violencia para derribar al «desorden establecido». Es más, la legiti-

sent», núm. 41, diciembre 1968, p. 139. Compruébese en la nota 19 la escasa consistencia y aun el carácter peregrino de las pruebas en que Romero basa la participación de Lerroux. (16) *Ibid.*, p. 143.



Y en lo que se refiere a la participación directa y señalada del pedagogo y editor racionalista Ferrer en los atentados que tuvieron por protagonista a Morral en 1905 y 1906, no creo forzar la objetividad histórica concluyendo que, si la complicidad de Ferrer en dichas acciones es posible, no es en cambio probable. Y, concretamente, su implicación en el atentado de la calle Mayor altamente improbable.

midad revolucionaria del regicidio le parece obvia. Por ello no se puede descartar del todo que en 1905, **no en 1906**, se sumara discretamente a los preparativos del atentado de París, aunque como algo muy marginal a sus verdaderas preocupaciones del momento, a saber, el sindicalismo revolucionario y la praxis pedagógica (17).

6. Conclusión

Muchos autores coinciden actualmente en juzgar que el Consejo de Guerra que condenó a Ferrer en 1909 indirectamente apuntaba a eliminar física y ejemplarmente al regicida impune de 1906. Se trató de un castigo que pretendía inconfesadamente tener efectos retroactivos (18).

Y en lo que se refiere a la participación directa y señalada del pedagogo y editor racionalista Ferrer en los atentados que tuvieron por protagonista a Morral en 1905 y 1906, el testimonio de Alban Rosell, si en otros puntos es de gran valor, aquí no aporta nada verdaderamente nuevo, como no sea su íntima convicción de que Ferrer «estaba en todo aquello». Pero, más allá del juicio apasionante y apasionado de Rosell en este caso, no creo forzar la objetividad histórica concluyendo que, si la complicidad de Ferrer en dichas acciones **es posible, no es en cambio probable**. Y, concretamente, su implicación en el atentado de la calle Mayor **altamente improbable**. ■PERE SOLA

(17) *Todavía a finales de 1931, Francisco Galcerán, el capitán defensor de Ferrer en el Consejo de Guerra de octubre de 1909, entonces teniente coronel retirado, no dudaba en referirse a la sinceridad de la vocación pedagógica de Ferrer. Cf. «El Autonomista», Girona, 26-10-31.*

(18) Cf. mi artículo Ferrer i Guàrdia: ideòleg i pedagog, «L'Avenç», Barcelona, núm. 2, mayo 1977, pp. 38-39.